

REFLEXIONES EN TORNO A LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA COMO CAMPO DISCIPLINARIO: la disciplina como “comunidad cultural”

Sergio L. Agoff, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

En este trabajo nos proponemos desarrollar brevemente el tratamiento de las disciplinas como agrupamientos sociales, a partir de las conceptualizaciones de Tony Becher respecto de las disciplinas como comunidades o “tribus”, de Sonia Ospina Bozzi con su idea de “comunidad discursiva” y de Gabriel Gyarmati y Alvin Gouldner con referencia a la “comunidad profesional”. Todo esto, en su utilidad para la comprensión del fenómeno del surgimiento de un campo de preocupaciones en torno a la gestión de las administraciones públicas en sus distintos niveles. Procuramos ver en qué medida se halla en constitución una “comunidad”, entendida de esas diversas maneras, o si es posible atribuir al conjunto de los “practicantes” del campo, esto es, de todos aquellos que tienen funciones como creadores, difusores o aplicadores de conocimientos específicos, una interacción que no redunde, sin embargo, en la construcción de un espacio común.

Observaciones iniciales sobre la dinámica de la generación de una disciplina según T. Becher

Becher destaca dos cuestiones ligadas a la dinámica de creación de una disciplina: 1) la tensión especialidad-disciplina (red floja – red tupida, problemas epistemológicos y problemas organizacionales); y 2) el proceso de “finalización” del campo (la asunción de metas externas al desarrollo disciplinario “puro”).

1) la tensión especialidad-disciplina (red floja – red tupida, problemas epistemológicos y problemas organizacionales);

Becher, citando a Wax y Campbell, cree ver en las “especialidades” dentro de una disciplina “el corazón de la actividad académica, el verdadero núcleo de la organización intelectual”, es decir que no se trata de abordar la creación de nuevas disciplinas sino la dinámica de diferenciación interna “ en donde se logra el contacto más cercano entre el entendimiento humano y el reino de la realidad epistemológica que busca explorar”(Becher: 66)

La función, pues, de la especialidad sería la de controlar el grado de estabilidad de una disciplina, ya que la diferencia más notoria entre las disciplinas y sus especialidades es el flujo constante que éstas producen en la dinámica interna de aquellas. A su vez, las especialidades también se dividen internamente.

Estas diferencias en el plano conceptual o teórico se registran también en el plano organizacional, tal como señala Becher, “como somera aproximación podría decirse que las disciplinas toman forma institucional en los departamentos y las especialidades en términos de agrupamientos profesionales organizados, publicaciones especializadas y categorías bibliográficas, aunque resultan menos reconocibles formalmente” (Becher: 69)

Por tanto, la dinámica intradisciplinaria se expresa en el conjunto organizativo comprometido en su desarrollo, aún cuando el propio Becher desea relativizar esta cuestión no puede desconocer este aspecto.

Si bien podría plantearse con Elzinga el que “la diferencia (entre disciplinas) es, por cierto, algo más que el resultado de un proceso social y micropolítico en el mundo de la educación superior” (Becher:72), es decir, tal como veremos después en la concepción de Becher, es un proceso que

está íntimamente ligado a la cuestión del desarrollo epistemológico, no debe desatenderse el plano socio-institucional de esa dinámica. Justamente, cuando se trata de mirar el paso o contraste de la “ciencia normal” a la “revolucionaria”, según la notación de Kuhn, es necesario observar que dicho pasaje se asienta sobre redes de investigación (de investigadores) al fin. En el primer caso se está ante lo que Griffith y Mullins denominan “red floja”, es decir aquella en la que el paradigma regula las relaciones al interior del conjunto estructurando un tipo de relación relajada dentro de los límites y parámetros aceptados dentro de la ciencia. Mientras que en el caso de la llamada “ciencia revolucionaria” nos encontramos ante una red organizada, en la que los actores por minoritarios, enfrentados al paradigma de ciencia normal, desarrollan su investigación a contramano.

Nuevamente vemos aquí desbordar, en la cuestión de la dinámica de formación de disciplinas, el marco de cuestiones epistemológicas para combinarse con las de índole organizacional.

2) el proceso de “finalización” del campo (la asunción de metas externas al desarrollo disciplinario “puro”).

También a la hora de pensar en la constitución de un campo disciplinario, Becher remite a las cuestiones que, sin negarles entidad, ha querido relativizar en su propia posición: las relaciones de las nuevas disciplinas o especialidades con su contexto de emergencia. Citando a Rothblatt (1985) Becher da cuenta de dos diferentes conjuntos de presiones: el conflicto entre “actitud académica” y las “cuestiones seculares” (Becher: 173). Lo que Elzinga (1987) observa como un “proceso de ordenamiento mutuo”, de “mediación” y de una “orientación cada vez más política y comercial de la ciencia” (Becher:174). Dicho autor enfoca, entonces, un doble movimiento de desinstitucionalización y reinstitucionalización de la ciencia, por un lado, y de una cientifización de la sociedad por el otro.

Por su parte Van der Dack apunta también a “nuevas formas de institucionalización y nuevas estructuras de comunicación”, dando cuenta de que “los problemas externos fijados por los programas de políticas científicas se transforman en focos para la formación de nuevas comunidades” (Becher:184)

Se habla entonces de “comunidad híbrida” para representar la mixtura, el doble movimiento de la ciencia al estado/mercado/sociedad y viceversa. (Más adelante se desarrollan otras visiones de lo comunitario, como la de la “comunidad discursiva” de Sonia Ospina Bozzi)

Becher apunta que Elzinga usa el concepto de “comunidad híbrida” mientras que otros, como Rip, lo critican, en la medida de que más que una mixtura, ven en ese falso “híbrido” un intento de control político de la ciencia por parte de otras instancias sociales. De ese modo, quizás, puede ser comprendido lo que Becher denomina “movimiento epistémico”, esto es, el cambio de un sistema de control de la reputación asociado a la disciplina científica por otro, en el caso de la hibridación, la alteración de esos criterios por otros propios de la política o del mercado.

A esta cuestión, la de la hibridación tanto vista como una alternativa válida de creación disciplinaria, cuanto una forma espuria, le responde otra perspectiva: la de la “finalización”. Pero antes de llegar a ella es necesario señalar otra cuestión.

Becher y Kogan afirman que “las disciplinas surgen o bien de la **fisión**, el proceso mediante el cual una especialidad grande y cada vez más independiente se separa de la disciplina madre para establecer existencia autónoma, como en la separación de la computación y de la matemática, o bien de la **fusión**, el mecanismo que rige la amalgama de dos especialidades superpuestas estas provenientes de disciplinas diferentes y su posterior emergencia como nuevo campo” (Becher: 185-186, el subrayado es nuestro). Esta doble alternativa que señalan describe perfectamente las opciones tomadas por investigadores en el campo de la administración pública, la de la fisión por N. Henry, con la idea de una constitución identitaria de la disciplina que se separe efectivamente

de otras vecinas, y la de la fusión sustentada, podría decirse, por R. Denhart, quien sigue mirando la variedad o multiplicidad de perspectivas de origen como algo constitutivo de la propia administración pública.

Retomando la cuestión anterior de la hibridación, Becher cita a Whitley, quien afirma: “Cuando poderosos grupos no científicos (es decir, no académicos) definen en su mayor parte el fenómeno central de un campo [...] su autonomía es muy limitada y está sujeta a la invasión en nombre de la relevancia...”(Becher:195-196) Aquí tenemos, nuevamente, la posición crítica de Rip.

Superando, de alguna manera, la dualidad que provoca el proceso de “hibridación”, aparece la teoría de la **finalización**, definida por Becher como “un proceso a través del cual las metas externas de la ciencia se transforman en las pautas para el desarrollo de la propia teoría científica”(Becher: 197). La internalización de las metas externas se llamaría *finalización* y los desarrollos especializados resultantes serían especialidades o disciplinas finalizadas.

Pareciera que la finalización como proceso se facilita frente a procesos de “revolución científica”, cuando existen condiciones de mayor vulnerabilidad a la influencia externa por parte de las disciplinas científicas, lo que se relaciona con las etapas de su ciclo de evolución. Becher aún cuando critica a los análisis basados en concepciones evolucionistas de la “maduración de la ciencia”, reseña a Böhme, quien ubica tres fases de la ciencia (en relación con la construcción del paradigma como conjunto de reglas: a) la **fase preparadigmática**, en la que hay mayor vulnerabilidad respecto del contexto; b) **paradigma provisional**, en donde se verifica el grado mayor de impermeabilidad en la relación con el entorno; y c) **paradigma maduro**, donde existe una mayor predisposición a la intervención política y económica.

La finalización como proceso resulta una idea estimulante para el caso de la administración pública, pues coloca al objeto en un lugar de superposición con el sujeto, es decir, la “internalización” de metas “externas” si puede ser un fenómeno cuestionado y apoyado en las ciencias sociales en general, no parece constituir una anomalía cuando de administración pública se trata. En todo caso, más que desconocer esa cuestión, sería preciso caracterizarla.

En lo que sigue procuramos encontrar opciones teóricas que ilustren, no tanto el proceso o dinámica de conformación de nuevas disciplinas, tal como sintéticamente hemos tratado en los puntos anteriores, sino el modo en que ellas se asientan sobre bases sociales específicas, con capacidad para su propia reproducción.

Las disciplinas como comunidades

Becher¹ sostiene que la capacidad de un grupo de constituirse en comunidad está ligada a la posibilidad de construir ciertos emblemas: una historia, un mito y un héroe (o héroes) en común. Ver a las disciplinas como comunidades supone registrar la presencia de esos elementos que le dan sentido y unidad al conjunto. En su perspectiva, Becher insiste en vincular esa capacidad con el conjunto teórico-técnico de una disciplina, es decir que lo epistemológico tiene prevalencia sobre las condiciones contextuales en las que dichas disciplinas se desarrollan, contrariamente a los puntos de vista de Wax y Campbell quienes apuntan que, en cuanto a la conformación de nuevas disciplinas o de separaciones o “brechas” entre ellas, son más importantes las cuestiones organizativas que las epistemológicas.

Por otra parte, Becher apunta que las formas de organización de la vida profesional de los grupos particulares de académicos están íntimamente relacionadas con las tareas intelectuales que

¹ La investigación de Becher se estructura a partir de cinco categorías de preguntas: a) características de la disciplina; b) cuestiones epistemológicas (papel de la teoría, modelización, investigación cualitativa – cuantitativa, etc.) ; c) modelos de carrera (reclutamiento e iniciación en la disciplina, movilidad interna, etc.) ; d) prestigio e incentivos materiales; e) actividad profesional (comunicación, publicaciones, congresos, etc.)

desempeñan. Sin embargo, el propio Becher reconoce que en la confirmación de, como sostiene Taylor, “mitos heroicos” y “héroes folklóricos”, tienen un papel fundamental los procesos de socialización y trabajo en la universidad, lo que en última instancia redundaría en la construcción de la propia historia de la disciplina. Cabe en este punto acotar que la historia de la disciplina, en tanto que comunidad, fija condiciones para el desarrollo de lo que Campbell, en 1969, asumió como el “etnocentrismo de las disciplinas”. Dicho etnocentrismo, con las armas provistas por el asiento institucional-organizacional de las disciplinas, sería un elemento que tanto forja como se refuerza en el proceso de socialización.

Así pues, debiéramos pensar, según los puntos de vista de Becher, que nos encontramos con dos entidades preconstituidas: por un lado la disciplina como conjunto ordenado de conocimientos, fundado en el paradigma de ciencia normal, y también como organismo productor-reproductor de esos conocimientos. Por otro lado, tendríamos a un grupo organizado de investigadores y docentes, esto es, académicos, que practican o despliegan su actuación dentro de esa disciplina. La conjunción de estos dos conjuntos ya dados daría como producto la comunidad, la “tribu”.

Para finalizar este breve panorama de la posición de Becher, es necesario mencionar la diferenciación que el autor toma de Pantin, en su clasificación de las disciplinas científicas en “restringidas” y “no restringidas”, para sustituir la ya clásica taxonomía de ciencias duras y blanda. A la vez, respecto de la dinámica de diferenciación-creación de nuevas disciplinas, en “territorios colindantes”, Becher subraya el espacio socio-organizacional en donde esos procesos ocurren, conformado por áreas o redes “tupidas” y “flojas”.

Por su parte, Sonia Ospina Bozzi, desarrolla la idea de “comunidad discursiva”, en tanto que conjunto de actores sociales que persigue una agenda específica y que a través del diálogo desarrolla un discurso común alrededor de esta agenda y las reglas de interacción para desarrollarla. Para Ospina Bozzi, “la existencia de un discurso común no presupone el consenso, sino más bien la posibilidad de intercambiar ideas utilizando un vocabulario común, la posibilidad de generar espacios desde donde los participantes desarrollan una identidad como miembros de la comunidad y donde los nuevos miembros se socializan, garantizando así la supervivencia y la continuidad de las tareas para cumplir la agenda común” (Ospina Bozzi:)

El trabajo de Ospina Bozzi aborda de forma directa la cuestión de la identidad de la administración pública como disciplina. A este respecto las características que se señalan en la definición de “comunidad discursiva”, parecen convenir especialmente a esa caracterización. La autora basa sus afirmaciones en investigaciones en sociolingüística (Berkenkotter, Huckin y Ackerman, 1991; Porter, 1986), las que subrayan el papel en la conformación de una comunidad en las maneras de conocer el mundo, lo que constituye un modelo de conocimiento que se encuentra “incrustado en las metodologías de investigación que los nuevos estudiantes aprenden, (y por tanto en las metodologías de enseñanza usadas para este propósito) y está codificado en el lenguaje que los miembros de la comunidad usan”(Ospina Bozzi:).

La referencia a la enseñanza y a la investigación ponen por delante, en el desarrollo de Ospina Bozzi, el papel que las instituciones de formación (universitarias, terciarias, de formación intraestatal, etc.) cumplen a la hora de la conformación de un campo común de cuestiones y de creación de conocimiento. Tal como lo afirma la autora, “se deduce que las escuelas o programas donde se desarrollan estos procesos de socialización y comunicación representan espacios físicos donde se reconstituye la comunidad discursiva y por tanto proporcionan información importante sobre el estado de desarrollo de la misma” (Ospina Bozzi:).

No obstante, la “comunidad discursiva” desborda el ámbito específico de la educación, Ospina Bozzi hace referencia a la idea de “colegio invisible” “constituido por aquellos individuos que sobrepasan los límites de su área de actividad para compartir su trabajo a través de ‘foros de comunicación’ tales como papeles y presentaciones en conferencias y reuniones, así como artículos y monografías publicadas periódicamente. Es en estos foros donde se introducen,

desarrollan y debaten temas de interés para la comunidad". Así pues, también en estos ámbitos se constituye y reconstituye a la comunidad como tal.

La comunidad se estructura y refuerza a partir de la constitución y circulación del lenguaje común y de sus productos (textos, documentos, borradores, etc.) Para el caso particular de la Administración Pública Ospina Bozzi refiere tres niveles que caracterizan a esta comunidad discursiva:

1- primero, el carácter multidisciplinario, requiere el manejo mínimo de los múltiples registros y códigos de varias disciplinas académicas y ciencias sociales;

2- segundo, el foco en 'lo público' requiere la traducción de los registros y códigos propios de las varias disciplinas, y muy particularmente de la ciencia administrativa, para comprender y abordar el objeto de estudio de la administración pública como disciplina de una manera orgánica y no mecánica

3- tercero, la administración pública como práctica social y como profesión tiene su propio universo lingüístico y de comunicación que coincide con los dos universos anteriores solamente en la medida que exista un acercamiento entre la universidad y el sector público

La caracterización de Ospina Bozzi reconoce la presencia plural de "registros y códigos" en donde los requerimientos de traducción van desde la práctica social en el sector público a los modos de ejercicio profesional en él. Es decir, no sólo existe el problema, a la hora de determinar las modalidades de integración y operación de una comunidad de interpretación, de la variedad de disciplinas y de enfoques metodológicos, sino que a ellos se suman los derivados de la integración en el mismo campo de actores por fuera de las disciplinas científicas. Así, la cuestión parece tener ribetes más complejos, por cuanto la diversidad de actores y posiciones dentro de cierto ámbito o sector hace necesaria una interrogación sobre la conformación de esa "comunidad de interpretación". ¿Qué grado de heterogeneidad, de pluralismo, puede soportar una "comunidad de interpretación" antes de su secesión o disgregación?

En el abordaje de Gabriel Gyarmati y de Alvin Gouldner vemos reaparecer nuevamente algunas de las cuestiones abordadas por T. Becher y Sonia Ospina Bozzi, especialmente en lo referido a dos elementos fundamentales en la trama de constitución de estas "comunidades intelectuales": la cuestión del "folklore" y la del "lenguaje común".

Las profesiones para Gyarmati no forman una clase o estamento social, ni tampoco una mera reunión de individuos, sino que constituyen una **comunidad**, este carácter comunitario se lo da la cultura especial que conforman. La cultura consiste en: sistemas de valores, ideologías, actitudes, aspiraciones, normas de conducta y símbolos. El autor coloca como una de los símbolos el "idioma especializado", lo que, en ocasiones aparece como "lenguaje extraño". Se da, entonces, una verdadera "socialización" de los sujetos por parte de la comunidad profesional, la que funciona como un "grupo de referencia".

La formación de una cultura profesional refuerza la autonomía del grupo; cuanto más sólidamente aquella se conforme, apunta Gyarmati, es posible que surja una nueva contradicción, pues al establecer una serie de valores para interpretar la realidad, ésta aparece más como un efecto de esa "lectura cultural" que como expresión de las "aspiraciones de la población". Así las profesiones imponen a sus "clientelas" potenciales sus propios parámetros de observación y de juicio sobre lo relevante e irrelevante, lo que conspira con la exigencia de la "vocación de servicio", que apuntaría a la satisfacción del "bien común". A la vez este proceso de cristalización social, refuerza de tal manera la cultura profesional, que hace muy dificultoso el cambio en las profesiones.

De forma análoga a Gyarmati en su planteo de las prerrogativas profesionales, Gouldner apunta algunas características de lo que denomina como "la nueva clase en ascenso" (la nueva burguesía cultural): 1) **autonomía**: como el elemento que subraya la separación y presunta

independencia de los intereses empresariales y políticos; 2) **ideología**: un producto que procura desplegar las bases de la legitimidad de su autonomía, aquí Gouldner realiza una referencia concreta al "profesionalismo" como ideología pública de la nueva clase, sin que ello impida que el autor reconozca la presencia de elementos que no pueden reducirse a la categorización de "ideológicos" (habilidades, conocimientos, etc); 3) **control**: es el elemento que asegura el manejo de culturas, lenguajes y habilidades por parte de los integrantes de la nueva clase; y 4) **ingreso**: los objetivos de la nueva clase se orientan a incrementar su participación en el producto total de un país, producir y reproducir las condiciones sociales especiales que le permiten apropiarse privadamente de partes mayores de los ingresos producidos por las culturas especiales que posee. ²

Un punto de enfoque **cualitativo**, el que utiliza Gouldner al preguntarse qué distingue al capital cultural de la nueva clase: la "cultura del discurso crítico" (CDC). La nueva clase de intelectuales e intelligentsia constituye una **comunidad lingüística**. El "**discurso crítico**" de Gouldner, referido a una clase social, es el "**idoma extraño**" de Gyarmati, referido a una élite de conocimiento. En qué consiste la "cultura del discurso crítico" *"la cultura del discurso crítico es un conjunto, elaborado a lo largo de la historia, de reglas, una gramática del discurso que (1) se preocupa por justificar sus aseveraciones, pero (2), cuyo modo de justificación no se basa en la apelación a las autoridades, y (3) prefiere obtener el consenso voluntario de aquellos a quienes se dirige solamente sobre la base de los argumentos aducidos."* ³

El acto lingüístico específico de esta cultura es la **justificación**, en razón de que no hay nada a que los hablantes de ese discurso se nieguen a discutir o constituir como problema. Lo que se dice debe ser fundado, con la supuesta independencia de la posición social del hablante. El ideal de la CDC es el de la fundación de un lenguaje donde haya un significado para cada palabra y que, a la vez, pueda hacer explícitos sus principios. Es decir, un lenguaje con carácter de *teoricidad* ⁴.

A partir de ciertos interrogantes Gouldner se plantea la cuestión de si puede considerarse a la NC una "clase" en todo el sentido del término, si se halla unificada o no, si se halla lo suficientemente unificada en vistas a la toma del poder, y finalmente si esto se cumple, cómo lo hará.

Si bien Gouldner marca que hay diferencias entre intelectuales e intelligentsia sobre el recurso a la CDC, en la medida en que la segunda parece mantenerla en estado latente, la CDC es la ideología común de la Nueva Clase, cuyos intereses comunes están en su capital cultural.

En este punto nos gustaría introducir la cuestión que Gyarmati apunta como el "folklore de las profesiones". Tanto la "nueva clase" en Gouldner, como la "élite de conocimiento" en Gyarmati, se apoyan en una "urdimbre cultural", cuya naturaleza es argumental en función de la necesidad de dar cuenta acabada de su existencia. En Gouldner ese rasgo "argumentativo" queda explícitamente presentado a partir de la idea de justificación del discurso crítico.

El mismo aspecto en Gyarmati aparece vinculado a las argumentaciones que acompañan la exposición de las prerrogativas profesionales, *"la imagen de todas las instituciones sociales está*

² Gouldner indica que el capital está principalmente ligado al ingreso, ésta constituye la primera preocupación del capital y no la productividad, *"una teoría desmistificada del capital humano (o educación qua capital) debe formar parte de una crítica más general del capital, la cual reconozca que la primera preocupación del capital se refiere a sus ingresos, no a su productividad, a sus requisitos propios más que a su contribución a la sociedad. Esto es, en buena medida, lo que quería significar Thorstein Veblen con su distinción entre 'negocio' e 'industria', cuyos diferentes intereses, señalaba, podían entrar en conflicto. El capital, es decir, cualquier forma de capital, aumentará, si puede, sus ingresos aunque no incremente la productividad."* Gouldner, A. op.cit. pag. 41

³ Gouldner, A. op.cit. pag. 48 "La ideología compartida de los intelectuales y la intelligentsia es , así, una ideología sobre el discurso"

⁴ Gouldner, A. op.cit. pag. 49. Es posible hablar de las profesiones como "sistemas o regimenes de equivalencia social", lo que puede ligarse con lo que Gouldner trata como el ideal de la CDC.

formada en parte por hechos y en parte por mitos. No hay que pensar que estos últimos reflejan una falsedad cínicamente elaborada para engañar a los demás y obtener así privilegios que de otra manera la sociedad no otorgaría. Al contrario. Forman parte del concepto que los miembros de una institución sinceramente tienen de ella y de sí mismos.(...)Los mitos institucionales cumplen un doble propósito. Uno de éstos, ciertamente, es el de legitimizar las prerrogativas ya conquistadas o las acciones que se realizan para obtenerlas en el futuro. Pero, al mismo tiempo, sirven también como un modelo o un conjunto de aspiraciones que orienta o, al menos, influye en la política de la institución y obliga a sus miembros a regirse por él. Las profesiones no constituyen una excepción. Su imagen también está formada por la combinación de hechos empíricamente comprobados y mitos. Los primeros corresponden a las prerrogativas que, en grado variable, poseen todas las profesiones de mayor status. Las premisas, en cambio, a la luz de nuestro análisis anterior, caen en la categoría de los mitos." (Gyarmati: 54-55)

Ese conjunto mítico es llamado por Gyarmati el "folklore" de las profesiones. Las relaciones que ese folklore guarda con la cultura del discurso crítico, y la luz que arroja en la perspectiva de la alienación, fortalecen la idea de que la conformación colectiva de esta comunidad, sea que se la trate como "clase" o como "élite", sigue una lógica de diferenciación social que no puede ser concebida como el producto de una simple especialización tecnológica o cognitiva.

Justamente es la institución educativa, la universitaria especialmente, la necesaria para la formación de la nueva clase. Tal como en Gyarmati, formando parte del sistema profesional, el papel que Gouldner le atribuye a las instituciones de formación, tiene un carácter estratégico.

Para Gouldner la misión de la educación es la de la *conversión lingüística*, procurando alejar al sujeto de lenguajes cotidianos y desplazarlos hacia la cultura del discurso crítico, socializándolo, por así decirlo, en la nueva clase.

El tema tiene, según el tratamiento de Gouldner un matiz muy interesante: el de la ambigüedad en el papel social de la educación pública. Por un lado parece la correa de transmisión de los valores, prácticas, ideologías, de la sociedad capitalista, tal es la posición en la que el autor ubica a pensadores tan disímiles como Durkheim, Althusser y Marcuse. Pero, por otra parte, contradicción mediante, la escuela separa al sujeto de su medio social familiar, uno de los más aptos para la reproducción de lo instituido, dejando esa actividad en manos de un "grupo semiautónomo de maestros -tal como lo señala Gouldner- que hablan en nombre de la nación o de la sociedad 'como un todo', y sin ninguna obligación de preservar los privilegios de una clase específica" (Gouldner : 66-67).

Por otra parte la formación de una cultura profesional se asocia a la producción de otros elementos como la **identidad**, el **prestigio** y el **ingreso** de los profesionales. En cuanto a la identidad, vinculada a la cuestión de la "imagen del profesional", el autor establece que en una profesión el trabajo tiene valor "terminal": es su propia justificación. Es decir, que el profesional trabaja no sólo en la medida en que procura para sí una mejor posición económica, sino en función de que su posición social le "asegura" un sentido a su actividad y a su vida misma. El retiro o abandono de la actividad es, en este caso, un fenómeno infrecuente, no sólo por la influencia de las consideraciones relativas al "costo hundido"⁵, sino fundamentalmente porque el abandono de la profesión pondría en riesgo la identidad del profesional, el sentido que el sujeto da a su vida. Esto se liga a la problemática de la **alienación**, pensada como patología social típica de la civilización industrial. La alienación es definida por Gyarmati como aquello que "significa que el individuo llega a ser, o siente que ha llegado a ser, un instrumento, un simple engranaje en el proceso de desarrollo, en vez de ser su finalidad." (Gyarmati : 87). El autor identifica tres tipos de alienación: a) *falta de poder*, cuando las actividades que un sujeto desarrolla están controladas por otros; b) *carencia de sentido*, cuando el sujeto se ve incapacitado de comprender el porqué de

⁵ "Costo hundido" es el que se deriva de la consideración del tiempo, esfuerzo y recursos económicos invertidos en el período de preparación.

las cosas; c) *enajenamiento propio*, cuando se produce una suerte de "automanipulación", el sujeto actúa él mismo como instrumento para otros.

Gyarmati apunta que "en la mayoría de los casos, los profesionales no se sienten afectados seriamente por ninguna de estas dimensiones de la alienación. La gran importancia que la sociedad atribuye a sus actividades, la autonomía con que cuentan en el desarrollo de ellas y el apoyo de su cultura particular con la que se encuentran plenamente identificados, hacen que el profesional se sienta en control de su propio destino" (Gyarmati : 88).

Gouldner toma los desarrollos de Edward Shils, como referencia de una conceptualización frecuente. Para Shils los intelectuales se alienan en la medida de que van "más allá de lo cotidiano", su separación respecto del resto de la sociedad se concreta en la apelación a un lenguaje diferente y enfoques extraños a la comunidad. Shils ve en esa separación, que el caracteriza como alienación, la "rebeldía" del intelectual (la romántica, revolucionaria, populista o científicista, son todas variantes de esa rebeldía). Según Gouldner, Shils, desde su óptica conservadora, no entiende que "la 'negatividad' de los intelectuales encarna un conjunto disimulado de pretensiones que promueven su propia candidatura como nueva élite" (Gouldner: 53-54). Para Gouldner la alienación de los intelectuales se deriva de la CDC, de su teoricidad, en la medida de que ella asegura la autonomía de la nueva clase.

Desde distintas perspectivas puede verse que si el vínculo entre cultura y comunidad profesional parece evidente, no es menos cierto que no se trata de una relación unívoca y de una sola dirección; muy por el contrario se trata de un camino de doble vía.

La comunidad profesional no es un todo homogéneo, sin diferencias internas. Vista desde la perspectiva del *situs* se constituye siempre por enfrentamiento y asimetría respecto de otras ocupaciones. El desarrollo de una cultura propia de la profesión parece ser un producto pleno de la constitución de una comunidad, fuertemente marcada por la influencia de las instituciones educativas, tanto las generadas en los marcos de las asociaciones profesionales como las que dependen del Estado mismo.

Es justamente el rasgo agonístico de constitución de la "comunidad" el que le da un carácter plural a su cultura. La cultura profesional expresa, entonces, el conjunto histórico de las disputas y los logros de un agrupamiento en relación a los otros, se puede decir que Weber muestra, en ese sentido, que si hay una cultura de la burocracia debe verse en ella las marcas de su historia política.

Resumiendo estos aportes que abordan de maneras tan distintas la cuestión de la conformación de agrupamientos sociales ligados a saberes de alto grado de complejidad y cuyo carácter institucional - académico – es evidente, fijan, no obstante, algunos rasgos comunes que conviene destacar.

Por un lado, sea que se vea positiva o negativamente, las elaboraciones de culturas (disciplinarias, profesionales, intelectuales, etc.) tienen por cometido el producir una separación entre el mundo de los profanos o legos y el de los entendidos. Por cuestiones de prestigio, poder o ingreso, esas culturas funcionan como operadores de esa separación (alineación).

En segundo término, al funcionar estas comunidades como culturas no pueden prescindir de una cierta mitología, que explica tanto el origen de la comunidad a la vez que da cuenta de sus "héroes" y emblemas. Dicha mitología supone la presencia de una "urdimbre argumental", esto es, un relato o narración que explica la cultura y expone sus credenciales.

Finalmente, en tercer término, y a cuento de esa "urdimbre argumental", las culturas se organizan, en sus relatos, en sus explicaciones, a partir de una lengua singular, vista como discurso de agenda, como discurso crítico y hasta críptico ("idioma extraño").

Así pues, estos rasgos aplicados al caso del campo de la administración pública, más allá de acuerdos, que en muchas otras disciplinas “clásicas” no existen, permiten dar con el espesor que esa mitología y producción cultural tienen en este terreno.

Aún cuando queda mucho por decir, es posible afirmar que sólo en el primero de los rasgos, esto es, la separación entre iniciados y profanos, parece haberse constituido una red de formación que permite ese proceso, aún en ciernes. El surgimiento de carreras en el ámbito universitario, en sus distintos niveles, prueba, efectivamente, que es posible trazar una frontera, aún cuando siga siendo discutida su calidad, entre aquellos sujetos formados en la problemática específica de la administración pública y aquellos que tienen un acercamiento no mediado por el recurso a un cuerpo complejo de conocimientos.

En cuanto a los otros dos rasgos, la fijación de un relato de origen, de emblemas y héroes propios y la de una cultura discursiva específica, la administración pública parece todavía un campo “poroso”, vulnerable a la presencia de una multiplicidad de discursos políticos, científicos, técnicos y administrativos que ponen, hasta ahora, en entredicho la posibilidad de ser pensados, incluyendo sus diferencias internas, como unidad.

BIBLIOGRAFÍA

Becher,

Gyarmati, Gabriel et. al, (1984) LAS PROFESIONES, DILEMAS DEL CONOCIMIENTO Y DEL PODER, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile

Gouldner Alvin, (1985) "El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase", Alianza Editorial, Madrid

Ospina Bozzi, Sonia, (1997)